

LIBROS

José Miguel Ullán: Escritor por legítima defensa

PARIS.—Uno de los más jóvenes e importantes poetas en lengua castellana, el salmantino José Miguel Ullán, publica hace cosa de un mes un excelente libro de poemas: «Mortaja» (ERA, México). Ahora, la colección canaria «Hoy por hoy» nos ofrece una antología poética del mismo autor: «Antología salvaje». Esta recoge íntegramente las dos primeras obras de Ullán («El jornal» y «Amor peninsular»), un muestrario representativo de las dos siguientes («Un Humano Poder» y «Mortaja»), una selección de poemas diversos y otros textos inéditos de última hora. Este doble acontecimiento justificaba con creces una charla informal, cuyo desarrollo quedará de algún modo reflejado en cuanto sigue.

—Desde la publicación de «Un Humano Poder» hasta el presente han transcurrido cuatro años. ¿Puedes explicitar las causas de este largo silencio?

—No creo que deba hablarse de causas, salvo dejando un amplio margen al más tozudo azar. De todas formas, pienso que este paréntesis sólo puede cobrar algún sentido en el marco banal de mi propia biografía: salir de España supuso transformar lo epidérmico (que casi siempre es mucho), aguzar el olvido, enterrar «tics» gloriosos, asumir el destierro como algo muy remoto y familiar, hacer acopio, en fin, de un lenguaje de infancia que se me revelaba indispensable para sobrevivir... Me es sumamente difícil informar sobre el caos. Los dos primeros libros que publiqué fueron escritos cuando yo tenía diecinueve años; esto, que carecería de toda significación propia, se me antoja venialmente heroico cuando el punto de partida excluía Madrid... Mis poemas pretendieron sembrar la tradición en la escalada turbia y anodina gales de monseñor Tihámer Toth y Pemán, militantismo fervoroso al caer en el mítico toda ruptura creadora: familia campesina, lecturas coledel muchacho listillo de al-

dea que acabará en Carabanchel o Burgos, de veterinario abnegado o de gobernador de Huelva. Al término tuve mala conciencia y pagué mi tributo a la llamada poesía social, no por unirme al carro del producto en boga, sino por comunicarme de alguna manera con mis interlocutores más próximos. La experiencia me parece que fue un aleccionador fracaso; no era lo mismo explicar a Politzer en un grupo de obreros que trasladar la miseria de éstos al oscuro terreno del poema. Y es que, entre otras cosas, ni mi pro-

a mí respecta, poco puedo decirte que vaya más allá del síntoma sin duda interesado. «Mortaja» es un libro que se desprende de la nostalgia, y paso sin matizar esta palabra vagorosa y cursi, porque ya en más de un poema me he encargado de otorgarle la justa dimensión que quiero tenga. La primera parte del libro ejemplifica esa visión de manera obsesiva, la segunda la adultera con saña y la tercera destruye e ilumina lo precedente. Como habrán notado, hay algo de suicidio en todo el libro, mucho desencanto y

comenzamos a tener un panorama monocorde capaz de sorprender y orgasmizar a los ilustres papanatas con que el país cuenta como lectores con veto y voto.

—En este libro incluyes dos poemas donde zarandeas sin piedad tanto a los «bardos delicados» como a los «bardos populados». ¿Te sitúas, pues, en una tercera vía?

—Quisiera, en todo caso, que así fuese. En poesía, al contrario acaso que en política, considero como algo válido y hasta necesario asumir la disidencia frente a las dos canchas tradicionales en eterno y estéril litigio. Lo cual, claro está, no equivale en modo alguno a situarse en el fétido centro; se trata, más bien, de evolucionar en otro plano sin paralelismo alguno con los dos señalados. La salud poética sólo reside en la excepción. Y esta es un don, por lo que de poco sirve desear o no su advenimiento en la obra propia. Yo siempre he envidiado la creación ejemplar de un Goya, la ambigüedad de su testimonio, la violencia de sus trazos diferenciales, la lúcida armonía entre servilismo y protesta, entre herencia y orfandad, entre reflejo y profecía... Sin remonarnos a un pasado muy lejano, vemos que en España han abundado las epidemias, las modas, las tendencias, las generaciones... Hay una ausencia dramática de poetas irrecuperables. De la hornada del veinticinco, sólo Cernuda logra salvarse por entero; podría citar también a Aleixandre, pero ello me obligaría a demasiadas precisiones y matices, imposibles en una conversación como la presente. De la promoción de posguerra, y pese a todo, Blas de Otero, Tanto Cernuda como Otero, tan diferentes entre sí, demuestran prácticamente que el poeta verdadero escribe, ante todas las cosas, por legítima defensa. Ellos, al igual que ciertos poetas más próximos

—pienso en Claudio Rodríguez, Valente y Angel González—, han sabido articular el lenguaje imposible de ciertas cosas hasta entonces marginales y mudas. Fue la virtud, ya antaño, de dos poetas nítidos y revolucionarios: San Juan de la Cruz y Góngora. Pero nuestro ocio nacional suele buscar albergue en Lope, Núñez de Arce o Zorrilla.

—Hablemos ahora de tu «Antología». De entrada, ¿por qué el epíteto de salvaje?

—No hay en ello petulancia alguna, pese a las apariencias. A la hora de buscar un título —algo siempre arbitrario, ya es sabido—, me pareció vál-

do el adjetivo «salvaje» para calificar mi quehacer. Pensaba en lo que han dado en llamarse «huelgas salvajes»: movimientos subversivos que estallan brutalmente, sin contar ni con las autoridades oficiales ni con los burócratas de los sindicatos. Después caí en la cuenta de que en España toda huelga es salvaje... Pero me dio pereza volverme atrás y, a fin de cuentas, ¡qué más da!

—Un poema de esta «Antología» arremete con sarcasmo contra uno de los novisimos. Habida cuenta de que más de un crítico ha reprochado a Castellet tu exclusión de tal tendencia, ¿cuál es tu posición al respecto?

—Considero inadecuado tal reproche. Me parece perfectamente justa mi exclusión de esa ensalada a lo divino. Castellet, docto ignorante del reino, confundió esta vez la coqueluche con la menstruación. La «Antología», por lo demás, se asemeja a un montaje carpetovetónico de apoteosis revisteril donde algún poeta notable y otros varios muy mediocres han servido de coristas para que resaltase la figura egregia, bilingüe y empuñada de la Celia Gámez de la novísima poesía en castellano, alias Pedro Gimferrer.

—¿Tienes algún otro libro en perspectiva?

—Dentro de pocos días aparecerá un cuaderno de poemas en la colección canaria de «Inventarios Provisionales». Se titula, gongorinamente, «Cierra los ojos y abre la boca». Consta de once poemas breves, antiunitarios y festivos. Y con esta tercera entrega cierra ya mi efímero festival de otoño. ■ RAMON L. CHAO.



José Miguel Ullán

cedencia ni mi condición podían permitirme una visión idílica de lo que yo sabía ambiguo y sórdido. Desde la lejanía pretendí ver claro y, lentamente, fueron naciendo otras palabras. Permanecen las dudas, por fortuna. Pero he optado, sin remedio quizá, por escribir lo que realmente se me antoja y puedo: dando la espalda a todo apriorismo del signo que fuere, sin cargar las tintas cómplices con vistas a una problemática comunicativa, importándome un bledo coexistir o no con las otras mil voces de la caverna patria. Lo contrario sería seguir poblando la experiencia poética de los eternos malentendidos tácticos, y la táctica yo se la cedo generosamente a sus amos naturales: los militares. El silencio, en suma, tal vez no ha sido tal; los poemas de «Mortaja» y los que abren la «Antología salvaje» fijan sus límites precisos.

—«Mortaja», escrito íntegramente fuera de España, ¿qué relación guarda con tus libros anteriores?

—La sagrada crítica (no por inexistente menos sagrada) tiene la palabra. En lo que

antiépica, sin excluir sarcasmo, melodía y experimentación. Mis libros anteriores tenían otra coherencia más obvia, más a nivel de anécdota, menos sugeridora y más cerrada. He querido que se dispare fructifique, que si hay olor totalizador se desprenda por sí mismo y no forzando el hilo gestual. Oración y blasfemia, canto tradicional y guiño vanguardista, clamor político y tregua lúdica, señas triales y pastiche, clasicismo y crónica de sucesos... todo eso he querido que se mezcle abiertamente, en un deseo supremo de acoplamiento y destrucción. El lenguaje es el arma absoluta y el personaje principal de este empeño; pero sin olvidar que cada palabra alberga un pensamiento. Poesía-pretexito y poesía-fin me parecen dos batallas igualmente detestables. La primera suele envilecer las causas más nobles; la segunda viene sirviendo, con estilo atildado, para ocultar el vacío más necio. Ejemplos de la primera han abundado en nuestra deprimente poesía de los últimos años. De la segunda, y con pretensiones redentoras,